

ALFAGUARA



Paul Theroux

Un crimen en Calcuta

Traducción de Miguel Martínez-Lage

Primera parte

1.

El sobre iba sin sellar, y sólo ostentaba mi nombre subrayado; a saber cómo había dado con mi paradero en Calcuta. Pero a fin de cuentas estaba en la India, donde todo extranjero grandullón y sonrosado es tan llamativo que no necesita una dirección postal. Los indios nos veían a la perfección aunque nosotros no los viésemos a ellos. Se suele hablar a lo grande de las ciudades enormes y de la complejidad del país, pero la India, en toda su extensión, en toda su proliferación, a mí me parecía menos un país que una aldea hinchada al máximo, una aldea de mil millones de almas, con sus devociones aldeanas y sus placeres aldeanos y sus peculiaridades aldeanas y sus crímenes y delitos aldeanos.

Una carta de alguien desconocido puede ser motivo de irritación o puede ser un drama. Ésta llegó en sobre y papel hechos a mano, al estilo indio, con verdadera clase, con motas como copos de avena en la trama y unos hilos rojizos como salpicaduras de sangre, escrita con una caligrafía autoritaria y en tinta de color púrpura. Así que le otorgué el dramatismo que exigía, la sopesé en la mano y la abrí despacio, como si alguien me observara en ese momento. En una ciudad tan populosa como Calcuta, ciudad de deformidades, era altamente probable que alguien me estuviera observando. Sin embargo, ¿cómo podía nadie saber que me encontraba en el hotel Hastings, al este de Chowringhee, en una recóndita callejuela que llegaba a Sudder Street, enterrado vivo en todos los sentidos de la expresión?

Estaba en busca de una historia que contar, pero Calcuta había empezado a hormiguearme en la piel, y ha-

bía comenzado incluso a describir cómo era la sensación que se tiene durante los meses previos al monzón en esta ciudad, con sus emanaciones a podredumbre, señalando que era algo semejante al picor que se siente cuando uno vacía la bolsa del aspirador llena en exceso de polvo, de un polvillo recalentado, de cabellos muertos, de pelusas gruesas, y pierde los estribos y siente que se ahoga y empieza a rascarse para aliviar el picor y trata de aferrar como sea ese polvillo invisible y quitárselo de la cara. Uno de mis deslumbrantes arranques para un relato.

Mientras releía la carta para comprobar si era auténtica, una avispa empezó a trazar sucesivos arcos no muy largos y a golpear contra el cristal de la ventana, por ver al otro lado tan sólo la luz diurna. Abrí la ventana para dejarla salir, pero en vez de aprovechar la ocasión se dejó llevar a otra ventana y la golpeó —¡la muy boba!— antes de posarse en mi brazo húmedo. La espanté. Trazó una órbita alrededor de mi cabeza y por fin, aunque había procurado salvarla, se negó a salir por la ventana, pareciendo que desaparecía en el interior de la habitación, donde se pondría a zumbar antes de picarme ya de noche.

Me acordé de que mi amigo Howard, en el consulado estadounidense, me había preguntado el día anterior si alguna vez había estado yo casado.

—No —le dije—, y me encuentro ahora en esa fase de la vida en la que cuando veo a una mujer ya no me digo que a lo mejor es ella la que he estado tanto tiempo esperando.

No fue mala respuesta, pensé. Me sorprendió mi propia sinceridad. Durante años había contado mentiras verosímiles, diciendo que estaba demasiado ocupado con el trabajo, con los artículos y libros de viaje que escribía. Antes me gustaba pararme a pensar que «a lo mejor ésa sí es la que espero». Pero los viajes me tenían absorto. Era demasiado fácil que un escritor como yo aplazara perpetuamente la gran decisión: no un escritor de viajes, sino un escritor de

viaje, siempre de viaje, permanentemente en marcha, siempre tras un libro prometedor. Aún en Estados Unidos había causado sendas decepciones a dos mujeres, y después de marcharme me convertí en uno de esos enigmas calculados, inventados por uno mismo, que fingen ser muy espirituales pero que son despiadadamente mundanos, rebosantes de bonhomía y de consejos prácticos en caso de viaje, y que luego dan esquinazo a todo el que llegue a conocerlos demasiado bien, a todo el que quisiera de mí algo más de lo que yo estuviera dispuesto a dar.

Ya no lamentaba el matrimonio del que no llegué a gozar, aunque sí tenía aún dentro la noción de que debería haber engendrado a un hijo y haber sido padre. Ahora ya era demasiado tarde, era otro viajero evasivo, siempre dando tumbos, que no se prodiga mucho, amigo de toda excusa provisional, fácil, siempre con una protesta a punto, siempre a punto de marchar. «¡Es que tengo que estar el lunes en Bangkok!» Como si se tratara de algo urgente y complicado.

Pero Bangkok no pasaba de ser un buen hotel, unas cervezas con otros narcisistas complacientes como yo, un salón de masaje, el sexo de mejor calidad, higiénico, feliz, anónimo, un alivio sin asomo de culpa.

Eres un nómada, me decían. En parte era cierto. Si algo está claro en los nómadas es que no carecen de un propósito. Los nómadas planifican, ahorran, son del todo previsibles, se ciñen a rutas perfectamente establecidas. También tenía la receptividad de los nómadas, a veces sorprendente, ante cualquier indicio de un mal presagio.

El día de la carta, por ejemplo, fue un día de abundantes acontecimientos; extraños portentos, pensé. Primero, la avispa; luego, el niño paralítico y contrahecho en Chowringhee, que avanzaba a cuatro patas como si fuera un animal herido, una nueva especie de ser humano en plena evolución regresiva, devuelto al desplazamiento de los cuadrúpedos. Y esa misma tarde, mi amiga la bailarina,

la esbelta y delgada Parvati, reveló por primera vez que era muy ducha en una especie de arte marcial de la India que se llamaba *kalaripayattu* y que «te podría partir el brazo, pero también te lo podría curar, porque si uno sabe cómo herir debe saber cómo sanar». Parvati escribía poemas sensuales, tocaba la *tabla*, aspiraba a escribir una novela, no estaba casada, y yo era feliz de conocerla, porque nunca me pregunté si «a lo mejor es ella la que me está esperando».

Ese mismo día, mi amigo Howard, el del consulado estadounidense, me contó que empezaban a desaparecer los niños de las calles, secuestrados sin duda para trabajar a la fuerza en los burdeles o en los talleres clandestinos, o para ser vendidos a cualquier desconocido.

—Y mira tú qué cosas —dijo.

Conocía a una pareja de expatriados con un niño que nunca, estando en casa, eran capaces de encontrar a la *amah*. La *amah* les dio la explicación: «Íbamos andando por parque». El niño iba muy tranquilo cuando estaba con el aya y el aya era vistosa: ajorcas de oro, iPod, siempre con regalos para el pequeño. «Yo ahorro dinero.» Pero un día cuando volvían a casa a una hora infrecuente, en un barrio lejano la pareja vio al aya mendigando en una calle, una *bhikhiri* más en un cruce cualquiera, llevando de la mano al hijo de la pareja. Una clásica mendiga bengalí, patética por su tenacidad. Y el niño, que babeaba e iba aturdido, estaba ahído de opio.

—A lo mejor te sirve de algo —dijo como se suele decir a los escritores.

Por extraño que sea, me sirvió, pero fue la carta la que lo cambió todo.

La carta era evidentemente de una mujer, evidentemente adinerada.

Los ricos nunca prestan atención, y por eso preferí llevar la carta de la mujer en la mano en vez de tener

que aguantarle los rebuznos delante de mis narices, uno de esos monólogos enloquecedores como una trampa: «Un momento. ¡Déjeme terminar de leerla!». Pude leer la carta en paz. Por lo que contaba, me di cuenta de que si la mujer que la había escrito hubiera estado conmigo, habría hablado por los codos. Y, teniendo en cuenta la naturaleza de lo que relataba en la carta —un cadáver en un cuarto de hotel barato, un huésped aterrado, la huida, el misterio—, necesité estar con la cabeza despejada, necesité tiempo para pensar. Ella me estaba pidiendo un favor. Podría seguramente tomar una decisión más sabia si basara mi juicio tan sólo en los hechos, en la forma de su apelación, en su caligrafía, en el tono mismo de la carta, en vez de dejarme atraer o repeler por la evidente astucia de la mujer, por ella misma, aparentemente convencida de que la palabra escrita es más reveladora que un rostro expuesto.

Supe que era una mujer adinerada por el símbolo hindú, en relieves dorados, que adornaba el encabezamiento de la carta, escrita en un papel caro. Supe que era una mujer de cierta edad por la caligrafía; una persona más joven habría escrito de manera menos esmerada, o me habría enviado un correo electrónico. La riqueza de que gozaba era patente en el tono presuntuoso y despreocupado, incluso en los deslices gramaticales, y en los trazos bien redondos de su excelente caligrafía. El sobre se había entregado en mano en mi hotel.

—Tiene correo, señor —dijo Ramesh Datta, el recepcionista, al hacerme la entrega. También a él le había impresionado que fuera tan gruesa: una carta larga, un documento extenso, un fajo de palabras, como si para él representase un acto de brujería o de riqueza, una proposición a la antigua usanza.

Es asombroso sobre todo encontrarse con una carta de verdad, de tres páginas, escrita en tinta de color púrpura, en papel de mucho gramaje, como si fuera en sí un objeto, en el que hasta el tema y los detalles periféricos

eran una antigualla: el deseo de una mujer adinerada, un cadáver, un huésped atónito en Calcuta, nada más terminar los festejos del Durga Puja.

Querido amigo, empezaba diciendo,

Anoche oí su espléndida charla en el centro cultural estadounidense, y tuve ganas de acercarme después a conversar con usted, pero es que lo encontré rodeado de admiradores. No tiene mayor importancia. Esto es mejor ponerlo por escrito, es un asunto muy serio, y no estoy segura de que me pueda ayudar, pero es que he leído sus artículos de viajes, por lo que sé que usted conoce bastante el mundo y conoce en especial la India, que es mi problema.

¿Se entiende ahora lo que quería decir al referirme a la gramática y a la presunción?

A mi hijo le entusiasman sus escritos, y en cierto modo es usted responsable de que él haya venido a la India. Creo que ha leído todo lo que ha escrito usted. Ha ido sabiendo muchas cosas sobre usted, al igual que yo. Debo reconocer que a veces me pongo un poco celosa cuando le oigo hablar de usted, pero lo cierto es que la palabra escrita es muy persuasiva, y él tiene la sensación de que a usted ya lo conoce, y supongo que a mí me pasa lo mismo. Considérese de la familia, se lo ruego. Hemos leído muchos de sus libros y artículos de viajes y los hemos puesto en conocimiento de nuestros amigos más viajeros.

Algo le tendré que decir de mí. Soy empresaria, tengo residencias en Nueva York y en Palm Beach, y durante muchos años mi gran afición ha sido la decoración de interiores, cosa que he hecho sobre todo para mis amistades. Son mis amigos los que me han animado a poner en marcha mi negocio. Hacer lo que

a una más le gusta siempre es buena forma de lograr el éxito, y creo que eso es lo que me ha ocurrido a mí. Mi hijo me ayuda en el negocio. Por cierto, siempre he tenido la sensación de que sería un reto maravilloso decorar el estudio de un escritor. Me encantaría ocuparme del suyo.

Suelo venir a la India a supervisar mi fundación, dedicada a obras de caridad en beneficio de los niños, y también vengo en busca de telas: algodones, sedas, lino, estampados, revestimientos para el suelo, productos textiles de toda clase, antiguos y nuevos. A menudo cubro las paredes con una tela, las suelo forrar de buenas sedas. Es casi la firma de la casa en todo lo que hago. En estos momentos estoy haciendo adquisiciones. Le podría mostrar algunas piezas realmente exquisitas.

Ahora viene lo difícil. Primero debo decirle que cuento con su máxima discreción. Le voy a pedir que respete cuanto le diga ahora en total confianza. Le escribo a usted porque, basándome en la estrecha relación que tiene con el consulado norteamericano, sé que es digno de toda confianza. También es una suerte increíble que estemos los dos al mismo tiempo en Calcuta, como si fuese algo predestinado que se cruzaran nuestros caminos de esta forma. Si luego resultase que a usted no le interesa lo que debo decirle a continuación, por favor le ruego que destruya esta carta y que no haga nada más. Muy a mi pesar nunca más trataré de ponerme en contacto con usted.

Pero de hecho albergo la fundada esperanza de que me pueda ayudar. Teniendo en cuenta su amplísima experiencia de viajero, no creo que haya nadie más que pudiera ser tan eficaz como usted en un asunto tan delicado como éste.

El problema es el siguiente. El mejor amigo de mi hijo, que es indio, cree que se encuentra en un

grave aprieto. Normalmente se aloja con nosotros, pero como estábamos de viaje haciendo compras después de los festejos del Durga Puja se hospedó en una casa de huéspedes cercana a Chowringhee, que no es un sitio especialmente encantador, desde luego, ya sabrá usted cómo pueden ser esos hostales indios que son un nido infestado de pulgas. Pasó allí unos cuantos días y de pronto, como en una escena de uno de los relatos que escribe usted, despertó una noche y se encontró con un cadáver en la habitación, un muchacho muerto, tendido en el suelo. Fue presa del pánico. No tenía ni idea de cómo había podido llegar allí. No supo qué hacer. Si se lo dijera a los responsables del hotel, le acusarían de asesinato. ¿Cómo iba a explicar la presencia de ese cadáver?

Hizo entonces una tontería enorme, o al menos dice que la hizo. Recogió sus pertenencias y se largó sin decir nada en recepción, y se escondió. Calcuta, como bien se imagina usted, no es un sitio en el que sea difícil esconderse. He hablado con él de esto, pero lo cierto es que está muy temeroso de lo que podría pasarle si se le descubre y alguien halla que tiene alguna relación con ese cadáver.

Por descontado, también me preocupa que a mi hijo se le pueda relacionar con este suceso, y la peor de mis pesadillas sería que mi hijo terminase en una cárcel en la India.

Tenemos previsto marcharnos de la India en cuanto empiece el monzón, pero primero quiero cerciorarme de que el amigo de mi hijo esté sano y salvo. No podría tolerar la vida si abandonase a su suerte a ese pobre chico. Sé que no dispongo de recursos para ayudarle, aunque sería criminal no hacerlo.

No le he dado nombres ni fechas ni detalles que le puedan ayudar. Esto es intencional. Debo hacer uso de toda la discreción que pueda. Si cree usted que puede

ayudarme en algo y desea saber más detalles, le ruego que se ponga en contacto conmigo en el número de móvil que encabeza la carta, y a lo mejor podemos conversar. ¿Le parecería bien en el Oberoi Grand? Teniendo en cuenta los parámetros de mi problema, no le culparía si se limitase a hacer pedazos esta carta y siguiera usted por su camino sin mayores preocupaciones. De ser así, gracias por haber leído esta misiva. Decida usted lo que decida, de lo que no cabe duda es de que mi hijo y yo seguiremos siendo sus lectores.

Afectuosamente,

Señora Merrill Unger